

## Rocamorfosis

Había comenzado a esculpir el mármol unos días antes. Lo dejó de lado por asuntos de primera necesidad, volvió a considerarlo cuando lo sorprendió la cuarentena; se dejó sojuzgar por las vetas singulares y por la tersura del rocoso pelaje.

Una tarde, después de estudiar viejos esbozos y garabatear unos nuevos, volvió al trabajo en el sosegado ambiente de su taller cuyos ventanales se abrían al jardín pletórico de hortensias. Asiendo sus instrumentos, de frente a los ventanales que chorreaban una luz blanquecina sobre los contornos de la pieza, permitió que sus manos se movieran vaporosas sobre la roca casi virgen y comenzó a desgranar las primeras astillas. Su imaginación recurría con facilidad a los bocetos, la pasión lo ganó con premura inusitada.

Se placía en deshilar trozo a trozo el mineral y en percibir, a la vez, que sus brazos se habían amoldado al esfuerzo, que la botella de whisky estaba cerca, que los arbustos del jardín ondulaban con la brisa vespertina bajo la enramada de glicina.

Golpe a golpe, atascado en aquella forma rizada, acudiendo a la imagen que se agolpaba en su mente y sumaba tonalidades ocre y grises, tuvo la premonición del final, del último estertor de astillas en la obra terminada.

Se alejó de la aún informe mole, desconfiado; llegó su mano al escocés, temblorosa por la abstinencia. Increíblemente la otra mano asaltaba el vaso sin titubeos, pero volcar el líquido ambarino era otro menester; luego un trago inacabable que no tenía ninguna posibilidad de aquietar tanta pasión abrasadora.

El buril se resbalaba de sus dedos sudorosos, y en el otro miembro la maza resistía aprisionada. Cada fragmento desechado caía al piso con una mueca quejumbrosa; el escultor y el mármol, en un diálogo misterioso estaban extasiados, observándose uno a otro como queriendo escudriñar en su interior el secreto de tanta vehemencia. Hasta esos golpes de cincel que machacaban el cuerpo desnudo de la piedra formaron, muy pronto, parte de la conversación reservada entre ambos. Nada podía entrometerse entre los dos esgrimistas, ni el viento que azotaba las hortensias, ni la luz blanquecina que dibujaba fantasmas sobre los muebles del taller, ni ser humano o animal que transitara por aquella escena casualmente.

A partir de ese momento, cada detalle contaba con rigurosa minuciosidad: la precisión de la maza, exacta; el filo hiriendo la veta elegida y conveniente, la respiración metódica que

mantiene el pulso, la concentración exhaustiva que acercaba la mirada sobre cada porción que la roca resignaba.

El insólito coloquio de hombre y peñasco se mantuvo más allá de las postreras luces del ocaso, hasta los primerizos destellos de la aurora que ablandaron las formas del jardín, de los muebles, de los cuadros, de los instrumentos abandonados sobre la mesa del taller. Sin descanso ni demasiados miramientos, el tañido metálico del buril sólo fue interrumpido, de tanto en tanto, por el fragor de una lija acompasada o por el gorgoteo del escocés en la garganta. La noche ya era un recuerdo borroso; el alba proporcionaba una cuota de insomnio y avivaba el ímpetu del artista que se imaginó, por un instante, como un héroe mitológico que demoraba su descanso en pos de grandes hazañas.

El martillo iba y venía sin descanso, como si de su ritmo dependiera el giro terrestre, o como si su detención hubiera provocado un cataclismo universal; cada vez más los actores de esta obrita del absurdo, hombre y roca, se confundían en un abrazo creativo de tal manera que, cualquier personaje agregado a la escena, mudo testigo, no hubiera podido distinguir claramente entre uno y otro.

Otorgarle un sobrenatural reposo a la pieza y, a la vez, permitir que el movimiento transmita la fuerza, el coraje: desafío inconmensurable para el aprendiz, pero un camino obligado para las manos expertas que eran capaces de desechar lo sobrante y otorgar relieve a lo esencial. Mientras tanto, el mármol, entusiasmado por convertirse en inmortal, se dejaba despojar, resignado, de sus fragmentos más superfluos.

La constancia le ganaba al cansancio; el agobio perdía ante el deseo irrefrenable de la genialidad. ¿La obra debía mostrar una mueca hermética, distante? ¿O el movimiento debía prevalecer para que la inmortalidad fuera vista desde una perspectiva más humana, menos divina? No hay duda que al artista le asaltaban estas cavilaciones como noctámbulas gárgolas que emanaban vómitos de dudas y temores. Pero otros planes imperaban en la mente del escultor: la pieza se tendría que convertir en su imagen, una especie de autorretrato de piedra que perpetuara lo humano sobre lo divino; jugar a ser dios era una melosa y atractiva opción. La obsesión triunfaba.

Durante tres días con sus noches, con la sangre martillando sus sienes al ritmo del cincel, el artista se metió con el mármol y en el mármol; la voluntad trocó en delirio, el sudor en

pepitas minerales, las manos, ya arrebatadas de heridas sangrantes, en toscos instrumentos cada vez más inútiles.

Durante la mañana de la cuarta jornada, extraños signos comenzaron a manifestarse. A medida que se aquietaba el paisaje interior, afuera del taller se manifestaba cada vez más la vida y el movimiento, hasta que el contraste fue escandaloso: la glicina estallada de flores y gajos serpenteantes parecía ahogar los hierros de la glorieta; en lo alto del colosal tilo, dos pájaros chillones competían por un gusano, arrebatado a la tierra recién removida; el jardinero deambulaba por el espacio verde que enmarcaban los grandes tapiales, preocupado y circunspecto. Adentro, el silencio.

La luz también marcaba un límite insalvable en el vidrio de los ventanales. En el ambiente íntimo del taller todas las cosas empezaron a callar; anquilosadas formas se mostraban en lugar de las herramientas, de los muebles, de las lámparas.

.....

El jardinero, después de llamar a la puerta del taller con tres tímidos golpeteos, sucias sus manos, entró con la cabeza gacha y con un acostumbrado - perdón señor - en los labios.

– Necesito su permiso para comprar fertilizante, las hortensias están tristes otra vez - pronunció con voz temblorosa.

Sin respuesta, atinó a dar unos pasos temblorosos escudriñando la opacidad del ambiente que, a esa hora, ya desdibujaba todos los contornos. El silencio lo sacudió, penetrante, asolador; el recinto lo retuvo como un mueble más, como un perchero, como un cuadro, clavado en el medio del espacio inhabitado. Temeroso, acuciado por sus diablos interiores retrocedió paso a paso, colocando sus pies en el lugar exacto donde los había colocado para entrar, como si se tratara, la alfombra, de un campo minado; sus pupilas dilatadas por la tensión percibieron los contornos de dos grandes estatuas secas, inertes, aciagas. Antes de alejarse, sudoroso y palpitante, reconoció las formas: una parecía un artista modelando, la otra su inacabada escultura, ambas enfrentadas con la mirada en un idílico amor incomprendido. La pasión no estaba, la piedra dominaba la escena.

**Autor: Fernando Raúl Morro**

